

**niñas autorizadas
para mayores**

"my name is lolita"

tirabuzones, bucles y perversión

Por JESUS GARCIA DE DUEÑAS

DESDE los comienzos de su historia, el cine ha tenido bien en cuenta la presencia del niño y la niña como valores seguros. Un ejemplo, el más antiguo que se conoce: «La comida del bebé», pequeña película realizada por los hermanos Lumière en la que aparecía ya el elemento ternurista, imprescindible después en todo film «con» niño. También los pioneros Lumière son responsables de otra tendencia del cine infantil con su película «El regador regado»: la travesura. Sobre esas dos bases, con alguna que otra variante, se desarrollaría posteriormente la corriente de films con niño dentro, uno de los negocios más rentables que ha conocido la industria del cine.

Cuando aún no se habían empezado a explorar los recursos de la violencia y el erotismo, las películas estaban pobladas de niñas y niños que correteaban por la pantalla, llenándola de sonrisas y travesuras. Un público cómodo y complaciente asistía a esas inocentes aventuras, entusiasmándose con las «monadas» de los pequeños actores, a los que sólo les faltaba cantar y bailar. Pero también llegaría esta época, y las



UN HOMENAJE ADULTO MARLENE Y MARILYN

El nombre de Lola tiene una inesperada clave erótica. ¿Por qué escogió Nabokov su diminutivo para titular la novela que daría cartas de naturaleza al nuevo concepto de la niña-mujer? ¿Por qué escogió Josef von Sternberg ese nombre, repitiéndolo, para dar su gran oportunidad a Marlene Dietrich en «El ángel azul»? En su personaje de Lola-Lola, la eterna Marlene proponía un tipo femenino que, desde luego, poco tiene que ver con el lolitismo, pero que tiene que citarse aquí, aunque sólo sea por el deseo de rastrear los orígenes de un nombre. Años más tarde, un poco antes de que Kubrick adaptara al cine la novela de Nabokov, Marilyn Monroe aparecía con mallas negras y grueso jersey en «El multimillonario», de Cukor, dispuesta a cantar «Mi corazón pertenece a papá», pero antes hacía una verdadera profesión de fe declarando «My name is Lolita». El nombre estaba consagrado en labios de la inolvidable Marilyn. Si no por edad, se merecía un puesto entre las «lolitas» por su encantadora ingenuidad y por su fabulosa espontaneidad. Marilyn no podía faltar en este recuento apresurado. Ella y Marlene constituyen un homenaje adulto a estas niñas-mujeres encuadradas bajo el denominador común del nombre inventado por Nabokov.



pantallas se llenaron de voces blancas y de pier-necitas sin formar que emulaban los pasos de los mayores. ¿Qué más podía desear el público? El cine americano se especializó en la fabricación en serie de estos «niños prodigio», nacidos antes de la era del sexo. Eran prodigiosos esos niños, en efecto, porque su comportamiento no tenía nada de infantil: arreglaban los problemas de sus padres, como Shirley Temple, o provocaban verdaderos desastres, como Jane Whithers, y hacían exclamar a las espectadoras sensibles que eran «diablillos con faldas».

Era una época bobalicona y tontorrón que no podía durar. Pero duró. Hasta los años sesenta, que asistieron a una profunda transformación de la concepción del niño en la pantalla.

Pionera de esta revolución fue Sue Lyon, al incorporar a los catorce años a «Lolita» en la película de Kubrick, basada en la célebre novela de Vladimir Nabokov. El autor había precisado las características de una cierta infancia ignorada hasta el momento. Decía: «Entre los nueve y catorce años no faltan ciertas vírgenes que revelan su propia naturaleza, una naturaleza no del todo

humana, sino de nymphette (por la que entiendo demoníaca), a algunos viajeros hechizados que frecuentemente tienen el doble o más años. Pues bien, me propongo llamar nymphette a este tipo de criatura excepcional».

El film de Kubrick descubrió unas posibilidades insospechadas en la condición infantil. Se acabaron las épocas de las sonrisas y las travesuras. La integración de las niñas en el mundo adulto se obtenía no por la comprensión de los mayores, sino por el asalto repentino de aquéllas a las posiciones que tradicionalmente se habían considerado vedadas para sus tiernos corazones.

Esos tiernos corazones ya no latían simplemente por la sonrisa paternal y la beatífica atención de los mayores, sino que proponían una visión distinta de las relaciones. El «prodigio» de las nuevas niñas era de signo diverso. Trastornaban a los adultos por razones bien distintas que sus antecesoras en el cargo: descubrían un juego erótico insólito. Ya no cantaban ni bailaban, a menos que de ese modo pudieran seducir a alguien. Frente a las Salomé tradicionales, llenas de encantos adultos, Nicholas Ray y Pier

Paolo Pasolini nos ofrecían el espectáculo de un Herodes trastornado por turbadoras «lolitas».

Para no llamarnos a engaño sobre la personalidad concreta de este tipo de niña conviene recordar las precisiones de Nabokov, cuando se refiere a esas criaturas comprendidas entre los nueve y catorce años: «En el marco de esos mismos límites de edad, el número de las nymphettes auténticas es sensiblemente inferior al de esas jóvenes particularmente humanas, aunque sean momentáneamente no muy bellas, o solamente graciosas, o simplemente «simpáticas» o por lo menos «atravesadas» (...) que más o menos pueden transformarse en adultas de gran belleza».

Las «lolitas» que presentamos son las más significativas del momento actual. Son las sustitutas de aquellas niñas inocentes y bobaliconas de hace treinta años. Cuando pensamos que en ese espacio de tiempo ha sido posible tal salto cualitativo no podemos por menos de imaginar lo que nos deparará el futuro: «La comida del bebé» de los años noventa y ocho quizá sea un film autorizado para mayores de dieciocho años...

DOS PRECURSORAS INCONSCIENTES

SHIRLEY TEMPLE, LA PEQUEÑA CONGRESISTA

Fue la niña prodigio más prodigiosa del cine. Sus bucles, sus sonrisas, sus bondades entusiasaban a todos los públicos. Convencían a todos de que los americanos vivían en el mejor de los mundos, que es lo que se trataba de conseguir. Aunque su actividad política deliberada se ha iniciado una vez franqueada la barrera de los treinta años, de pequeña representaba ya, inconscientemente, hábilmente manipulada por los departamentos de la Fox, los ideales de la sociedad americana, los ideales que se quería imponer al pueblo americano. Shirley era la niña que todos los hogares hubieran querido albergar. Shirley era el dulce reposo infantil que los maduros insatisfechos buscaban como sublimación de su desasosiego emocional: era tan alegre, tan simpática, tan bonita, tan agradable; era capaz de resolver, con una sonrisa, cualquier conflicto. Shirley, naturalmente, no soportó el cambio de niña a mujer: estaba demasiado instalada en la conciencia de su público. Como mujer, el mito era menos convincente. Entonces se dedicó a actuar en política: y defendió con energía los ideales que había encarnado como actriz infantil; se puso de parte del primer senador McCarthy en su famosa caza de intelectuales y artistas progresistas de Hollywood; se integró en las Ligas de Decencia que condenaban las películas que ofrecían el otro rostro de América: el rostro agrio y crítico, despoblado de pequeñas cretinas con bucles, que resolvían los problemas con una sonrisa y una canción. Y



ahora, Shirley, a sus cuarenta años, apoya a Nixon. Se encuentra en jira por Europa, recolectando votos para el candidato republicano.

MARISOL, UN RAYO DE LUZ

Cuando dificultosamente trataba de surgir un nuevo cine español, se creó, en nuestra industria, uno de los mitos más sólidos de consumo popular: Marisol. ¿Qué hacía esta chiquilla para tener tal éxito? Un slogan de la época nos lo explica: «Marisol sonríe, habla, calla, llora... Marisol emociona, divierte, alegra y conmueve... Y, además, Marisol canta y baila». Es decir, Marisol poseía en su tierna infancia las llaves de una persuasión sutil y mágica. Como Shirley, también solucionaba conflictos familiares. Unas cuantas películas afirmaron el mito de la pequeña estrella, unas cuantas películas que respondían a similares propósitos: «¿Quiere usted llorar?... ¿Quiere usted reír?... ¿Quiere pasarlo bien?... Vea a Marisol en...». El título importaba poco. Era ella, por encima de cualquier personaje, mitificada como la panacea de la alegría mezclada con una pocas lágrimas, la que trataba de hacernos creer que vivíamos también en el mejor de los mundos. Sin embargo, a través de esas historias pancistas, repletas de buenos sentimientos, se filtraba un erotismo nunca deliberado ni buscado, pero que se manifestaba por analogías. Ese «rayo de luz» que pretendía disolver las tinieblas que algunos insensatos empujaban sobre una sociedad próspera y pacífica, poseía bastante más malicia de la que pudiera parecer a primera vista.

"my name is lolita"



SUE LYON

LA VERDADERA LOLITA



Al menos, Nabokov dio el visto bueno cuando Stanley Kubrick la escogió entre centenares de aspirantes. Las primeras personas que vieron la película, sin embargo, trataron de enmendar la plana al autor, comentando que la elección era desacertada. Posiblemente no habían reparado en la minuciosa descripción que Nabokov había hecho de la *nymphette*: o quizá no poseían las cualidades necesarias para distinguirla de una adolescente cualquiera. El autor aclaró: «Hay que ser artista y loco, una criatura plena de infinita melancolía para saber distinguir inmediatamente, gracias a signos imperceptibles —el perfil ligeramente felino de un mentón, la línea esbelta y alargada de las piernas— y otros signos que la desesperación, la vergüenza y las lágrimas de ternura me impiden precisar (...). La *nymphette* que no es reconocida por los demás es ella misma ignorante de sus propios poderes fantásticos». Y esto pasó con Sue Lyon. Kubrick reconoció a la debutante como *nymphette* y obtuvo de ella una interpretación memorable en su film, uno de los más importantes de su filmografía. Pero, después, nadie supo ver los «poderes fantásticos» de Sue Lyon. Su carrera no dio mucho más de sí. Un papel en «La noche de la iguana», de Huston, película en la que conservaba cierto magnetismo, y después papeles insustanciales en los que naufragó la verdadera primera «lolita» de la historia del cine. Su destino fue el mismo que el de Carroll Baker, lolita «avant la lettre» en el «Bobby Doll» de Kazan, que no consiguió reemprender una carrera normal después de aquel papel traumatizante.

ROMINA POWER

UNA POSIBLE JUSTINE



DOS películas —«Come imparare ad amare le donne» y «Assicurarsi virgine»— mostraron la figura de Romina Power, hija del famoso galán y de Linda Christian. Los augures estuvieron convencidos de que había surgido la verdadera Lolita. Tenía esos rasgos impalpables que reclamaba Nabokov, esa fascinación misteriosa y mágica. No fue aprovechada suficientemente en ninguna de las dos películas. Hasta que alguien tuvo la ocurrencia de sugerir que Romina era la actriz indicada para incorporar a Justine, la infortunada heroína del marqués de Sade. Incluso se llegó a hablar del proyecto que, por el momento, no ha seguido adelante. De todas formas, y pensando en las máximas condiciones de libertad expresiva, resulta difícil pensar cómo podrían trasladarse a la pantalla los relatos del divino marqués. En sí misma, Romina Power es «lolita», pero en cine aparece desdibujada, sin capacidad suficiente para comunicar sus «poderes mágicos». Es una *nymphette* teórica, en suma, que alimenta sueños burgueses, tiene novios conservadores y piensa en casarse y tener muchos hijos, aunque ahora se la vea en los clubs de moda, bailando hasta altas horas de la noche. De todas maneras, esperemos a que alguien se atreva a llevar al cine «Justine». Por el momento, su más reciente interpretación ha sido en la adaptación de una obra francesa bien diferente y de un autor bien distinto a Sade, Xavier de Montepin.



El nuevo colchón **FLEX D70**

lleva la experiencia de 30 años
y la garantía de 15 fábricas

Y además tiene lo que ningún otro colchón: **mil dorados muelles que son mil razones de comodidad para usted.**

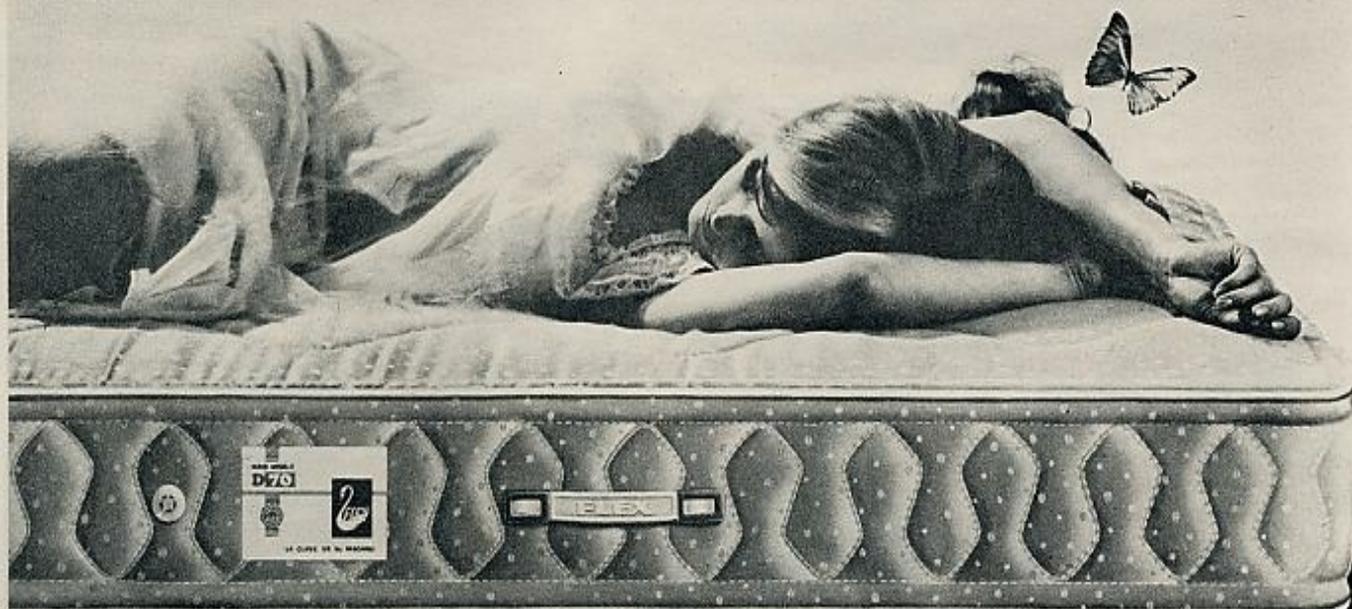
MAS MUELLES. MAS COMODIDAD.

¡Qué maravilloso descanso proporciona la suave elasticidad de sus muelles! ¡Y tiene tantos que usted ni los nota! Sólo descubre que su cansancio se hunde y se hunde blandamente mientras usted va entrando en un descanso profundo y reparador.

El nuevo FLEX D-70 lleva una etiqueta de homologación para que usted vea y esté seguro de lo que compra.



Señora... **FLEX D70**
es una nueva realización
de colchón **FLEX**



PUEDA VERLO EN EXPOSICIONES, COLCHONERIAS Y CASAS DE MUEBLES

"my name is lolita"



HAYLEY MILLS

¿LOLITA EN LA VIDA REAL?

DESPUES de un lanzamiento discreto en su país natal, Inglaterra, fue absorbida por Hollywood y protagonizó una serie de películas producidas por Walt Disney. Inesperadamente, al cabo de los años, se volvió a explotar el filón de las niñas prodigio. Y Hayley Mills tuvo éxito. La fórmula era la misma que antaño. Sin bucles, pero con la simpatía como arma, la pequeña hija de John Mills enderezaba entuertos conyugales y cometía pequeñas travesuras para que se volviera a sacar del desván de los tópicos la odiosa frase de que parecía un «diablillo con faldas». Hayley supo crecer. Pero quizá no de un modo demasiado prudente para el juicio de su padre. Este se encontraba presente durante la filmación de una escena de «Luna de miel en familia», en la que la adolescente Hayley tenía que aparecer desnuda. Consintió por amor al arte: la escena era necesaria. Estuvo menos conforme cuando su hija le comunicó que estaba enamorada del productor y director del film, Roy Boulting. Este se hallaba casado y, además, tenía cincuenta y tres años, treinta y dos más que ella. Hayley había encontrado su Humbert Humbert, pero John Mills no estaba dispuesto a que la pequeña traviesa se convirtiera en su Lolita. Efectivamente, como dicen algunos, el cine tiene gran influencia sobre la juventud: Hayley Mills ha seguido al pie de la letra la lección aprendida en aquella película de Sue Lyon...

Hayley Mills, de veintún años, con Roy Boulting, de cincuenta y tres.

El productor de «Luna de miel en familia» y la protagonista anunciaron su romance una vez finalizado el film en el que Hayley rodaba escenas osadas y se casaba con un chico de su edad.

La película que popularizó a la pequeña Hayley en España fue «La bahía del tigre», con Horst Buchholz.



EWA AULIN

MAS ALLA DE NABOKOV

ES capaz de afirmar cosas sorprendentes como: «No comprendo absolutamente nada de las cosas horribles que hace la protagonista, es decir, yo», pero nadie duda que esta sueca de dieciocho años será la estrella del mañana si es que no lo es de ahora mismo. Ewa Aulin ha tenido la suerte de encontrarse con «Candy», la «Lolita» de los años 70. Cuando se publicó en Estados Unidos la novela, sus autores, Terry Southern y Mason Hofferberg, recibieron numerosas cartas de ciudadanos bienpensantes que les acusaban de obscenos, de antipatrióticos, de destructivos... Displícitamente, ellos contestaban que sólo podrían escandalizarse, leyendo «Candy», las personas contra las que se había escrito el libro, los obsesos sexuales, los hipócritas, los que estaban convencidos de que vivían en una sociedad justa. Con la publicación de «Candy» se repetía el proceso de revulsión social que había originado «Lolita» a raíz de su edición. La película, posiblemente, no tendrá la misma fuerza polémica y, desde luego, Christian Marquand, el director de la «Candy» cinematográfica, no tiene el talento de Stanley Kubrick. Pero es probable que cause el mismo revuelo que aquel film. Y que Ewa Aulin tenga más suerte que Sue Lyon, puede asegurarse desde el momento que el lolitismo es un fenómeno absorbido por la evolución de las costumbres, aunque «Candy» va mucho más lejos que «Lolita». Muchacha de corazón generoso, sin inhibiciones de ningún tipo, franca y cordial, Candy tampoco «comprendía» las «cosas horribles» que hacía. En este sentido, se puede prever que la interpretación de Ewa Aulin será magistral: se ha encontrado la Candy adecuada; no tiene que comprender lo que hace, sino hacerlo con la mejor voluntad del mundo...



«Candy» fue la novela del escándalo en Estados Unidos. Ewa Aulin, protagonista de la adaptación cinematográfica, parece participar de ese escándalo leyendo el libro que cuenta las andanzas de una joven universitaria norteamericana de buen corazón asediada por toda clase de obsesos. El director del film ha sido el actor Christian Marquand.